

Universidad Politécnica Salesiana

Sentido **de** vida **la** y **comunidad**

Víctor Iza Villacís (Coordinador)



Filosofía y sentido de la vida en el contexto actual

Frank Bolívar Viteri-Bazante¹
Jaime Arturo Chela-Chimborazo²
Néstor Antonio Castillo-Mantuano³
Edward Andrés Posada-Gómez⁴

Introducción

El nuevo escenario en el que nos ha colocado la pandemia mundial causada por COVID-19 está conmoviendo a las familias, instituciones y a la vida misma de cada ser humano. Esta crisis imprevista ha puesto en grave riesgo la vida humana con un impacto que está afectando todos los ámbitos de la existencia y al mundo entero, generando dolor y sufrimiento.

La crisis sanitaria ha conducido al colapso de lo que se conocía como “normal”. Las costumbres personales, familiares, instituciona-

-
- 1 Doctor en Filosofía, docente en la Universidad Politécnica Salesiana.
 - 2 Máster en Gestión del Desarrollo Local Comunitario, máster universitario en Atención a Necesidades Educativas Especiales en Educación Infantil y Primaria, docente en la Universidad Politécnica Salesiana.
 - 3 Máster universitario en Neuropsicología Educativa, docente en Universidad Nacional de Educación Studium Theologicum Franciscanum “Cardenal Echeverría”-Pontificia Università Antonianum.
 - 4 Doctor en Filosofía, docente en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín.

les, etc., han tenido que modificarse. La crisis ha significado aislamiento, paralización, incertidumbre, ruptura, miedo, restricción de la propia libertad de movimiento, de comunicación, de relacionamiento, imposibilidad de celebrar la fe en comunidad. Las formas de comunicarnos, las modalidades de trabajo, los afectos, la interrelación familiar y hasta los ritos funerales han tenido que tomar otros matices. No solo eso, miles de personas han debido morir en la más absoluta soledad y sin despedirse de sus familias, y esta experiencia ha provocado angustia, amargura y temor en miles de personas.

La pandemia ha generado una caída de la economía a nivel mundial, afectando de sobremanera a los países en vías de desarrollo. En Ecuador se evidencia el retorno a la pobreza de numerosas familias que en la última década habían pasado a la clase media. Según los datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC), en septiembre de 2020 la tasa de desempleo alcanzó el 6,6% a nivel nacional, teniendo como efectos (especialmente entre los jóvenes) la pérdida de fe en Dios, en las instituciones, la pérdida del sentido de la vida, de los sueños y los deseos de superación. El virus ha demolido las seguridades ideológicas, económicas y de poder, y ha traído de vuelta a la muerte.

Como ha manifestado el papa Francisco respecto a la pandemia: la crisis es una señal de alarma, que nos hace considerar con detenimiento dónde se hallan las raíces más hondas que nos sostienen en medio de la tormenta. Nos recuerda que hemos olvidado y postergado algunas cosas importantes de la vida y hace que nos preguntemos qué es realmente importante y necesario y qué tiene solo importancia menor o incluso meramente superficial (Farfán, 2020).

En el ámbito juvenil, el impacto de esta crisis se visibiliza en la falta de certezas, temor, desempleo y la desconfianza en el futuro que ya era una condición presente antes de la pandemia. Según el INEC, alrededor de un millón de jóvenes, entre 21 y 30 años, no cuenta con un empleo adecuado. Encontramos jóvenes con posgrados de alto nivel y sin trabajo, dependiendo de sus padres. Esta realidad amena-

za la esperanza de las nuevas generaciones. En definitiva, los datos muestran que la crisis sanitaria ha incrementado los procesos de exclusión y marginación (Farfán 2020).

Poco antes de la pandemia, Cremades (2020), citando a Gilles Lipovetsky, señalaba que nos enfrentamos a una de las terribles consecuencias de la hiper-modernidad, generada por la sociedad de consumo, la globalización y el capitalismo, que ha hecho del hombre un ser individualista. Sin embargo, en el escenario de la pandemia no todo ha sido negativo, esta crisis ha despertado los corazones de las personas, ha hecho renacer la grandeza humana-espiritual y los grandes valores humanos como la solidaridad, compasión, el trabajo desinteresado a favor de los otros, la capacidad de resistencia, la reciprocidad, la creatividad, la innovación, etc.

En este contexto, el punto de partida del presente ensayo es la comprensión de la vida desde una actitud filosófica, es decir, dejando de lado concepciones puramente teóricas para dar paso a una reflexión de la vida como un “irse haciendo”, “irse forjando”, al que el hombre apela a lo largo de su existencia para después fundamentar, desde distintas posiciones filosóficas, la comprensión del sentido de la vida con la presencia de la muerte como realidad innegable del ser humano, donde la angustia, la agonía y el ansia, se constituyen en fundamento de la vida ante el sentimiento de la muerte.

Crisis y problemática actual

Al intentar contextualizar el sentido de la presencia del hombre en el mundo, Cremades (2020), citando a Lipovetsky, manifiesta que, “el ser humano se ve arrastrado por una sociedad que ha perdido sus valores ante una prepotencia del individuo que llega al extremo del narcisismo, identificándola como la segunda revolución individualista”, misma que se presenta bajo el signo del exceso, tanto en la economía como en la cultura, en el arte o el deporte, un problema universal que ha cambiado la vida de las personas. El autor señala

que esta transformación de la sociedad actual se debe al culto que ha dado el hombre ante las situaciones presentes:

- Culto al hedonismo, que no es otro que el deseo de sentir placer a través de la sociedad de consumo.
- Culto al cuerpo, que se manifiesta tanto a través de la comida como del deporte, y en la preocupación por la salud que nos conduce a adelantarnos a las enfermedades.
- Culto de lo psicológico, que considera una supervaloración del pensamiento individual (aparición de innumerables terapias que pretenden ser una solución a todos los problemas del hombre).
- Culto a la conexión, no podemos vivir sin la mirada del otro, no existe confianza en sus líderes políticos, peor aún creer en sus promesas.
- Culto a la autonomía individual que tiene su origen en el siglo XVIII, con las ideas de libertad e igualdad, aunque sin llegar a ponerse realmente en práctica.
- Y la grave situación del cambio climático y de sostenibilidad de la Tierra.

Frente a la caracterización del ser humano actual, el mencionado autor manifiesta que, “aunque lo intentemos, es poco probable que el ser humano actúe de forma moral, pero, solo la inteligencia humana traerá las soluciones, no la moral” (Cremades, 2020).

Bauman (2003), en este intento por encontrar el sentido de la presencia del hombre en el mundo, en su análisis en torno a la sociedad, este la denomina, como “la sociedad líquida”, otros la llaman “sociedad del conocimiento” o “sociedad de la información”; misma que se encuentra caracterizada por los continuos avances científicos y la globalización de los mercados, cuenta con una vasta información a través del auge tecnológico, generándose cambios continuos en las condiciones sociales y económicas a nivel mundial.

En este horizonte, el mercado impone nuevos esquemas de competitividad y desempeño, tanto individual como empresarial. El desarrollo del conocimiento favorece la creación de nuevas empresas y formas de trabajo, que a su vez involucran formas diferentes de enseñanza-aprendizaje en el campo educativo (Gallego, 1999).

En el plano antropológico, esta crisis ante todo ha significado una bofetada al engrandecimiento y a la soberbia del hombre heredero de esa híper-modernidad confiada en el progreso, en la ciencia y la tecnología que ha hecho creer que habíamos dominado a la naturaleza y que asumíamos tener todo bajo control.

La experiencia de la pandemia nos ha hecho tomar consciencia de que tanto el desarrollo científico como tecnológico posee límites, que no puede solucionar ni controlar todo, que siempre queda un espacio para la duda y la sorpresa. Pero esta vivencia también nos ha permitido ser más conscientes de los límites de nuestra vida, de la vulnerabilidad de la propia especie humana y de que no somos la cumbre de la evolución como afirmamos con cierta vanagloria.

De alguna manera, esta experiencia de fragilidad nos ha llevado a recuperar la conciencia de que la vida es un don que necesita ser cuidado y valorado frente a las amenazas de todo tipo, pues nos hemos dado cuenta que no existe una póliza de seguro válida y que nadie tiene el dominio sobre la muerte.

Byung-Chul-Han, (2020) afirma que “la pandemia ha acelerado el camino hacia el establecimiento de una sociedad disciplinaria digital que permite una vigilancia y control biopolíticos con fines no solo comerciales, sino también de control de conductas sociales y políticas” (p. 1). Ciertamente, en muchas naciones la pandemia ha sido utilizada para aumentar los controles sobre la población por parte de los Gobiernos, poniendo entre paréntesis las libertades individuales. Asimismo, los discursos discriminatorios, racistas, nacionalistas y xenofóbicos se han posicionado para justificar prácticas

anti-migrantes, lo cual podemos constatar especialmente en el contexto europeo con los movimientos soberanistas o nacionalistas.

La filosofía práctica como comprensión de la vida

La filosofía se constituye en un conocimiento de la vida práctica cuando deja de lado las concepciones teóricas y conceptuales reducidas a espacios académicos y se compromete a transformar el concepto de filosofía, como un acto racional que busca restablecer el entendimiento del hombre que se desenvuelve en el mundo de la vida con un sentimiento que engendra una actitud íntima y una acción (Unamuno, 2009). Una vida que lucha por comprenderse como disputa por sobrevivir ante la condición mortal, es decir, una vida que surge y emprende la reflexión filosófica como soporte de su realidad. Se habla de un ejercicio de coherencia vital donde la filosofía se constituye como base de la vida práctica; no solo del concepto o del juego racional de las ideas al modo helénico, sino más bien del mundo de la realidad contextual, de la reflexión del sí mismo:

La idea de una filosofía práctica y compasiva —es decir, una filosofía al servicio de los seres humanos, destinada a satisfacer sus necesidades más profundas, hacer frente a sus perplejidades más urgentes y llevarlos de la infelicidad a un cierto estado de florecimiento— es una idea que hace de la ética helenística un objeto de estudio cautivador para un filósofo que se pregunta qué tiene que ver la filosofía con el mundo real (Nussbaum, 2003).

No se trata de contraponer a la filosofía práctica con la filosofía teórica o de establecer un rango entre cuál es mejor o superior, sino de establecer un sentido de complementariedad en donde el hombre se ubique en el mundo y genere una actitud vital coherente. Un lugar donde la razón y la acción se complementen para encaminarse a la generación de sentidos y lucha por los proyectos.

Martha Nussbaum (2003) retoma el pensamiento filosófico griego, convertido en un mecanismo que invita al reconocimiento del ser humano capaz de encaminar la construcción de una vida con

sentido, de esta manera, es posible vislumbrar a la filosofía como disciplina que contribuye con este fin y forjar, como lo indica Jaspers (1958): “Un filosofar desde la posible existencia, que se quiere llevar a la realidad mediante una vida filosófica” (p. 29), que sigue siendo búsqueda; por tanto, es muy difícil aterrizar esta actitud a la vida cotidiana, al quehacer diario que debe ser comprendido y proyectado.

El arte de reflexionar no solo debe enmarcarse en la producción de ideas para discutir las o argumentarlas en los espacios académicos universitarios, sino también en la comprensión de la praxis humana donde el acto racional se empodera de la cotidianidad, con el fin de establecer un sentido desde cada una de las acciones que se encaminan a la concreción de un proyecto y unas metas en la realidad vital. En efecto, las posturas filosóficas, escuelas de pensamiento y actitudes vitales de muchos de los filósofos, exigen una comprensión filosófica de la realidad para ser transformada en aras de establecer un estado hacia la concreción de la felicidad, por lo tanto: el filósofo filosofa para algo más que para filosofar. *Primum vivere, deinde philosophari*, dice el antiguo adagio latino, y como el filósofo, antes que filósofo es hombre, necesita vivir para poder filosofar, y de hecho filosofa para vivir. Y suele filosofar, o para resignarse a la vida, o para buscarle alguna finalidad, o para divertirse y olvidar penas, o por deporte y juego (Unamuno, 2009).

La realidad vital racional del hombre es anterior a esta conciencia filosófica sobre la vida misma, ya que es el hombre (este ser natural que se cuestiona desde su conciencia en torno a sí mismo) quien fragua su propia reflexión. Además, esta autorreflexión diferencia al hombre de los demás seres de la naturaleza, por ello conviene revisar que: “La filosofía es una justificación vital, necesaria, porque el hombre necesita justificarse a sí mismo, saber a qué atenerse, que ha de ser de él, consolarse o desesperarse de haber nacido” (Marías, 1971, p. 29). Se excluyen aquellas concepciones particulares en las que el hombre es objeto de estudio de la filosofía, como lo es la psique en la psicología. Así, el comienzo se sitúa en una búsqueda

de sentido para actuar en la condición vital de cada sujeto, su vida, que se manifiesta en la realidad. Esta es la realidad por la propia existencia, las preguntas, respuestas, dudas y lamentos se constituyen en fundamento de la realidad vital que lucha por permanecer.

El hombre, al comprenderse en este sentido, como ser racional que se cuestiona de su modo propio de vivir, se da cuenta que camina hacia esa comprensión filosófica como ese quehacer práctico en la realidad vital naciente desde las interrogantes y las posibles respuestas hacia la comprensión del sentido de su vida y de la muerte, siendo este quehacer:

Una reacción al misterio de la realidad, concretamente al de la vida humana misma y su destino, y por eso busca las afinidades de la filosofía con todas aquellas actitudes humanas en que se manifiesta un sentido total de la existencia, vivido en cualquiera de sus formas (Marías, 1971, p. 165).

Estas formas se constituyen en dimensiones que surgen de la realidad vital del hombre que se mira como sujeto existente, que se pregunta y cuestiona dentro de la comprensión de sus actos, en su contexto, en su verdad:

El enfoque filosófico tiene efectos de apaciguamiento y de consolución, ya que ayuda a reflexionar sobre la actitud frente a la vida y la muerte, sobre la desgracia y las condiciones de la felicidad: con el aprendizaje del filosofar estamos, ante todo, en una situación de formación y no de cuidados, aunque ese aprendizaje también tiene una dimensión terapéutica (UNESCO, 2011, p. 6).

Con gran acierto, Cicerón afirmaba que fue Sócrates el primero en bajar la filosofía de los cielos para circunscribirla en la cotidianidad del mundo griego, donde la preocupación por el problema del hombre y su condición pasa a ser central en el mundo de la filosofía, y la percepción del ser humano que poseen las personas se halla en constante búsqueda de la felicidad; aquello a lo que los griegos llamaban eudaimonia:

Como nos lo recuerda el filósofo Pierre Hadot, en aquel entonces no se consideraba que el pensamiento fuese suficiente para esclarecer nuestra comprensión del mundo. Apuntaba a un cierto tipo de «buena vida» conforme a la razón y hacia la felicidad, ya fuera mediante el placer medido (el epicureísmo) o mediante el ejercicio de la virtud (el estoicismo). En este paradigma, el filósofo no es, por lo tanto, un simple maestro del pensamiento para el discípulo, sino también es un maestro de la acción (UNESCO, 2011, p. 86).

Conviene citar a Marco Aurelio (1997) para presentar este llamado a la filosofía, desde la antigüedad hasta el día de hoy, como herramienta para la comprensión de la vida humana, donde se cuestiona: “¿Cómo puede hallar el ser humano una manera sensata de vivir? Hay una sola respuesta: en la filosofía” (p. 17). Cuando el hombre logra hacerse las preguntas adecuadas y reflexiona por encontrar las respuestas también se encamina a la concreción de actos que surgen de estas ideas. El problema no son las respuestas que se encontrará, sino aquella capacidad consciente de hacerse preguntas, de interrogar a la realidad, todo lo que le rodea: “El sentido mismo del verbo vivir depende de la respuesta que se dé a estas preguntas” (Marías, 1971, p. 168).

Epicuro (2012) claramente presenta en este mundo a la filosofía como aquella actividad que, mediante discursos y razonamientos, procura al hombre una vida feliz. Conviene prestar atención al verbo de la frase: “procurar” claramente alude al intento real del ser humano que hace filosofía, se ve que al final de la frase el procurar se centra en la vida feliz como tal, una vida que merece ser vivida e incluso como un intento en la constante contradicción humana.

En este punto, Marinoff (2000), menciona que Sócrates presenta a la vida examinada como la única vida que merece ser vivida, entonces el hombre se observa como ser viviente que no solo produce actos racionales, sino que, desde el acto vital en el que vive se configura como ser real con posibilidad de sentido, no se queda solo en pensar sobre sus propios pensamientos, sino que actúa de tal

manera para establecer, desde su realidad limitada una comprensión del ser humano vital.

En las dicotomías internas del ser humano se entiende la lucha agonizante de esta realidad por no morir. Entonces se comprende que el sentimiento, aunque muchas veces disminuido o tratado despectivamente en los ámbitos académicos, se constituye en un elemento fundamental al establecer un punto de comprensión de la vida. No se trata solo de negarlo o ensalzarlo, sino que debe dar paso a una comprensión total del hombre en la que no solo confluyen estas dos realidades, sino que el hombre sea cada una de esas dos. De ahí la clara y trágica dicotomía del yo.

Se puede hablar y enumerar una serie de autores que trabajaron esta posición en torno a la filosofía como práctica, mucho se puede presentar desde todas las condiciones de vida del ser humano: la vida misma, el sufrimiento, la trascendencia, libertad, valores y la muerte, cada una de ellas convirtiéndose en un problema de la filosofía que debe ser trabajado no solo desde la razón, sino que debe pasar también al acto de vida como tal, de aquellas situaciones límites tan huidas pero a la vez cuestionadoras que develan la soledad del ser humano, la contingencia y limitación de esta condición.

En el mundo actual, el hombre camina entre lo transitorio e inmediato hacia un final que lo interpela, pero no da oportunidad para poder remediar los increpes de la vida. Deja de lado cuestiones existenciales de vital importancia en la estructuración de un sentido y él mismo se constituye en un engranaje más del aparataje de su sociedad: se niega y huye de reflexionar sobre sí mismo. El desgastante consumismo posmoderno, el vacío existencial, la ausencia de identidad, la relativización, el individualismo, la caída de los meta-relatos y demás males de nuestra época, alientan a pensar más en el sentido y en la vida que en muchas otras inquisiciones académicas:

Así, nuestra civilización occidental contemporánea está comprometida con una carrera hacia una felicidad de tipo “perverso” dionisíaca.

co, se suscitan numerosas necesidades que el individuo se esfuerza vanamente en satisfacer, pero trata a menudo de aplacar su malestar reencontrando los valores apolíneos: vida simple y tranquila, búsqueda de un equilibrio interior (Margot, 2007).

La civilización a la que se apela hoy, este estado de superioridad de la condición humana y sus posibles incidencias en el mundo, han logrado establecer un hombre que no vive desde las visiones dionisíacas y apolíneas mencionadas, sino que sin saberlo o sin quererlo el hombre es empujado hacia una impavidez en torno a su vida misma. Ya no es el hombre que se interroga sino más bien el autómatas que cumple con la función impuesta en la sociedad. En este punto las interrogantes, o los increpes, carecen de sentido pues no se constituyen en un mecanismo para sobrevivir en la sociedad actual, por donde escapa la capacidad filosófica increpante.

De ahí la necesidad de imbuir al sujeto en su capacidad increpante, producto de su razón en el mundo. Es la facultad de raciocinio del hombre la que genera pregunta sobre sí mismo, que no surgen de la nada, de hecho, no logran aparecer de un momento a otro, sino que están ahí como constante desde que el ser humano adquiere conciencia de sí mismo a lo largo del ciclo vital. Pareciera que muchos viven sin estas interrogantes o que no se las han formulado alguna vez en su vida, pero la realidad es muy diferente, el problema de la pregunta es latente a la condición del hombre, por eso “los problemas antropológicos irrumpen en la existencia, intervienen casi sin darse uno cuenta y se imponen por su propio peso” (Gevaert, 2013, p. 13).

Conviene ver a la filosofía actual como aquella que se constituye básicamente en dos posturas claramente definidas: la una, un racionalismo de la razón explicativa y abstracta que renuncia a comprender la vida humana desde su condición histórica y se delimita de cierto modo a pre-describir la realidad para darle herramientas a las ciencias particulares; la otra, una forma de pensamiento que no logra trascender de lo descriptivo para llegar a ser teoría, constituyéndose en des-

cripciones fenomenológicas que, de cierto modo, permiten caer en el existencialismo como término equívoco (Marías, 1949).

El tema de la re-comprensión de la filosofía como práctica de la vida cotidiana es actual, donde todos los seres humanos están llamados a concentrar su reflexión en torno a su propia vida partiendo de cuestiones concretas del presente, es decir, actualizar constantemente esta reflexión filosófica en la vida del “yo” actual, para lo cual se exige una comprensión de los sistemas filosóficos, pero sobre todo, de experiencias previas de autores que se dedicaron a reflexionar las realidades propias del hombre concreto, visto que:

Hay que preguntarse si es posible atenerse a la mera descripción. Para el hombre, en efecto, vivir es actuar en vista de las realidades de su mundo; dicho con otras palabras, el hombre, a quien es dada su vida, tiene que hacerla con las cosas, poseyendo ya en cierto modo la realidad que todavía no es —a esto he llamado el apriorismo de la vida humana— (Marías, 1949, p. 938).

La racionalidad permite comprender y proyectarse en la realidad humana y no dejarse movilizar solo por su condición emocional, sino que da paso a un análisis de la vida, que permite proyectarse en los actos cotidianos comprendiendo que: “No solo se trata de un saber científico acerca de la vida, sino de que esta, para existir, requiere ese saber de distinta índole y más complejo que es saber a qué atenerse” (p. 939), en los que realmente ya confluye la racionalidad proyectiva y comprensiva junto con el sentimiento que espera este elemento que permite, en la medida de sus posibilidades, saber los efectos de los actos y proyectarse tentativamente.

Situaciones límites y la muerte

Las situaciones límites permiten el desarrollo del cuestionamiento sobre la vida misma, momentos vitales que no exigen preparación ni postura previa ante su acontecimiento, simplemente están ahí para cuestionar, para increpar la propia realidad, aunque dolorosamente se reconozca en estas situaciones el recuerdo de la limita-

ción humana que posee el hombre y que tarde o temprano, también, se convierte en motivo de reflexión.

Estas situaciones aparecen, aunque parezca fruto del azar, para recordarle al hombre que no puede quedarse solo en el ámbito de la razón o la metafísica, lo direccionan hacia la comprensión del sujeto integral para proyectarse a un examen exhaustivo del modo de vida; de manera que muchas veces estas situaciones le permiten identificar de lo que carece o cimentan un sentido a su vida. Jaspers (1949) menciona que:

Situaciones límites. Quiere decirse que son situaciones de las que no podemos salir y que no podemos alterar. La conciencia de estas situaciones límites es, después del asombro y de la duda, el origen, más profundo aún, de la filosofía. En la vida corriente huimos frecuentemente ante ellas cerrando los ojos y haciendo como si no existieran. Olvidamos que tenemos que morir, olvidamos nuestro ser culpable y nuestro estar entregados al destino (p. 17).

Son estas situaciones de la vida, los límites, las que interpe-lan duramente el sentido del ser sujeto y despiertan a la esfinge. El hombre se asombra de tal manera, por ejemplo, ante la muerte y el sufrimiento, que se ve obligado, así no lo desee, a cuestionarse sobre el sentido de la vida como un acto de respuesta a la misma. La enfermedad, el dolor, la decrepitud, la ancianidad, una discapacidad, un sufrimiento, la muerte de un ser querido, el nacimiento de un hijo, la soledad, la guerra y entre otros (que por ser muchos no se logran enumerar), serán los desencadenantes de una travesía del hombre por comprenderse a sí mismo. Aunque en la cotidianidad sean huidas o escurridizamente evitadas, siempre habrá un momento en que se encuentre sin saber hacia dónde tomar o cómo definirse en su realidad vital. La situación límite en esta reflexión se constituye en una ruptura total de la cotidianidad, para rememorar la realidad humana más sensible y dolorosa que interpelará el modo de vida, entonces, la propia vida voltea su inquisidora mirada para replantearse en torno a su pregunta.

Esta proyección tentativa permite argüir, por ejemplo, a la muerte como proximidad, bajo este punto es importante tomar en cuenta que no se puede caer en el error de definir a la vida o el sentido de la misma con base a la muerte, sino más bien tomar a la muerte como un aspecto fundamental al momento de establecer un sentido de la vida, en el cual la misma muerte adquiere sentido:

El hombre que parte de un cierto sentimiento frente a la vida, de una cierta actitud primaria ante ella, necesita hacer comprensible esa realidad que encuentra, para poder vivir, para saber a qué atenerse y qué hacer; por eso requiere que su concepción sea unitaria y total (Marías, 1949, p. 165).

La agonía permite establecer una relación entre vida y muerte para direccionarse hacia un sentido de lo humano. Ahora bien, el trabajo se centra primero en definir aquello que se llama “sentido” para luego realizar una proyección totalizadora de un intento de definición del “sentido humano” en su condición real.

Es la realidad humana carente de sentido la que mueve esta postura. La presencia innegable de la nada en la realidad individual hace que se vea la vida desde una actitud negativa. Muchas veces las situaciones límites no logran ser superadas y están ahí latentes en el desencanto del mundo. Ya no hay teleología positiva ni un origen divino, sino que es la mera condición humana que, desde su limitación, se interroga y no logra responderse, ni siquiera le encuentra sentido al acto de interrogarse; es un movimiento movido, valga la redundancia, por la fatalidad de la existencia.

El problema del sentido se ha constituido en una interrogante de toda la tradición humana, es en una de las preguntas primordiales del ser humano que muchas veces surge desde la cotidianidad o desde la situación límite. Por lo que muchos pensadores pretenden encontrar una respuesta a esta pregunta, es más bien conveniente concluir que “más allá de si cabe abrigar esperanzas de obtener alguna vez respuestas concluyentes, lo cierto es que la pregunta por el sentido ha representado para muchos el primer paso a la filoso-

fia” (Fermendois, 2015, p. 516), y que, aunque se pretenda presentar olvidar, es un tema de constante actualidad en el que el hombre se interroga y se pregunta.

Fundamentación y perspectivas sobre el sentido de la vida

El sentido de la vida se ha constituido en un dilema fundamental de la filosofía y de la condición humana. Desde sus primeros momentos históricos, el hombre adquiere conciencia de su realidad y de su yo, y se encamina a hacerse preguntas que le permitirán definir, o al menos acercarse, a un intento por definir la vida:

Muchas de las principales figuras históricas de la filosofía han proporcionado una respuesta a la pregunta de qué es, en todo caso, lo que hace que la vida tenga sentido, aunque por lo general no la han expresado en estos términos. Considérese, por ejemplo, Aristóteles en la función humana, Tomás de Aquino en la visión beatífica y Kant en el bien supremo (Metz, 2013).

En el hombre común y las grandes figuras de la tradición histórica surgirá la pregunta de extensa tradición metafísica: ¿Quién soy yo?, para enfocarse en una identificación real de mi ser y luego pasar a preguntarse: ¿Qué sentido tiene mi vida en este mundo?, es así cuando el hombre se encauza a direccionar sus actos por aquello que respondió en esta pregunta.

¿Qué es el hombre?, ¿quién soy yo?, ¿cuál es el sentido de la existencia humana? Estas y otras interrogantes similares se imponen en el campo de la antropología filosófica.

En todas las épocas y niveles culturales, bajo formas y desde perspectivas distintas, han acompañado al hombre en su caminar. Hoy se plantean más urgentemente a todo el que quiere vivir su existencia de un modo auténticamente humano. Dichos interrogantes tienden a ocupar el lugar más importante en el conjunto de la reflexión filosófica (Gevaert, 2013, p. 11).

La capacidad humana de cuestionarse ya no se queda en la exterioridad u objetividad del mundo, es decir, no es un acto de representación externa en la que cada uno presenta su capacidad de preguntarse y responderse. El interés por el mundo exterior existe, pero ahora el hombre interioriza y el ¿quién soy yo?, se constituye en un problema íntimo y subjetivo, de modo que el único responsable ante la posible respuesta es el sujeto que emite la pregunta. Ya no hay objeto exterior que espera ser respondido desde la racionalidad, sino que a sí mismo se interpela y espera responderse, el hombre establece un diálogo interno consigo mismo, es decir, se abandona desnudo ante el espejo de su subjetividad para interrogarse y responderse, el acto del silencio y de la soledad permiten que cada hombre se interpele; por ende, el primer paso para reconocer las preguntas es recogerse en sí mismo. “El silencio por su parte puede ser un elemento adecuado para acercarnos a lo ignoto, al misterio, al ‘despertar” (López, 2012, p. 53).

La importancia en esta idea no radica en la respuesta, sino en la capacidad de preguntarse y la implicación vital que esta tiene. El hombre, al momento que se pregunta, establece un punto de partida racional, ya no cae en repeticiones teóricas ni en imitaciones existenciales, sino que es el primero que piensa y siente curiosidad por responderse, es el primer ansioso que anhela responderse a sí mismo:

Solo desde la posible “existencia” llega el anhelo de preguntar por el Ser en sí al trascender sobre toda existencia y sobre todo ser-objeto. Pero la respuesta definitiva no llega por virtud de un saber concreto. Lo que está ahí es fenómeno, no el ser, pero tampoco nada (Jaspers, 1958, p. 20).

Entonces, la capacidad de preguntarse surge de esta realidad vital. La vida propia que se cuestiona a sí misma para encontrar un fundamento en la realidad donde la afección, es decir, la ruptura con lo normal, se constituye en la primera consecuencia personal, quien se pregunta acontece en sí mismo la respuesta fundante del yo cuestionador. Aquí se pueden presentar diversas situaciones que

se encaminan hacia la comprensión de estas interrogantes: la admiración del mundo, las situaciones límites, el sentido de la nada y las situaciones extremadamente felices, la cotidianidad abrumadora, la rutina, etc., que están presentes en todos los seres humanos: “Estoy en situaciones, veo lo que existe y lo que viene, y solo entonces puedo saber lo que quiero, y, por virtud de mi hacer, llegar a ser manifestación ‘histórica’ de mi posibilidad” (p. 543).

La esfinge cuestionadora no radica en la exterioridad, es decir, no existe alguien que se detiene frente a ella. La esfinge es el mismo ser humano, que debe equivocarse en la respuesta a la pregunta planteada. Entonces, el punto de partida es la voluntad humana por encontrar respuestas la que genera ese estado de inquietud en el ser humano, que a su vez plantea preguntas que lo envuelven en un elemento de replanteamiento de sus cosas, de su vida misma.

Quién soy yo, el viviente, el yo que se afana en una circunstancia, inseparable de ella, el que hace su vida con las cosas sin confundirse con ellas, sin ser una de ellas, sino algo absolutamente irreductible, con un modo de realidad que difiere del que les pertenece (Marías, 2012, p. 127).

Esta es una realidad ontológica que surge ante la pregunta por el hombre mismo. No se puede reducir solo a una pregunta ni a una sola respuesta, sino más bien a una existencia, a una humanidad que se interroga constantemente por su realidad óptica de constituirse en ser viviente que existe y que se cuestiona a sí mismo, que sufre, que se alegra, que ama y siente, que ríe y llora, que vive y muere.

El sentido de la vida no surge de un momento a otro, como las preguntas que llevan hacia este, sino que exige una comprensión y reconocimiento del ser humano por sí mismo, en un primer momento de carácter volitivo, en donde no se pregunta simplemente porque quiere, más bien lo hace porque lo necesita, pues su existencia clama preguntarse y anhela responderse, de manera sensorial y real para luego pasar a una comprensión racional del sentido que le otorga a cada uno de estos actos, definiciones pueden ser muchas y

pueden equivaler a posturas teóricas y vitales de muchos autores y actores, pero la pregunta trasciende los límites de lo histórico para actualizarse en un problema vital; como máxima de la existencia humana y como motor del acto de filosofar se predispuso entender el “Conócete a ti mismo” socrático:

Quando aparece el tema del significado de la vida, las personas a menudo plantean una de dos preguntas: “Entonces, ¿cuál es el significado de la vida?” Y “¿De qué estás hablando?” La literatura se puede dividir en términos de cuál es la pregunta que busca responder. Esta discusión comienza con trabajos que abordan esta última, la pregunta abstracta sobre el sentido de la conversación sobre el “significado de la vida”, es decir, que apunta a aclarar lo que estamos preguntando cuando planteamos la pregunta de qué es lo que hace la vida significativa (Metz, 2013).

Como se ha visto, cabe reconocerse como ser humano con facultades volitivas, emotivas y racionales para preguntarse y luego comprender que varias son las posturas en torno al problema de la vida, desde el lenguaje hasta la concretización de la palabra que da sentido a la existencia vital misma, es decir, no pretender quedarse en el mero razonamiento del sentido de la vida como fruto del discurso y la razón, sino dar paso a la comprensión de aquello que se llama “sentido”, que surge de la pregunta más no de la respuesta que se dé a la misma; de ahí que fundamentalmente se dará primacía al acto de preguntarse, la esfinge interna necesita examinarse, pues ese es el fundamento de su existencia pero tampoco pretende quedarse en las dimensiones volitivas y emotivas del ser humano, es decir, ontológicamente es el hombre que se cuestiona para vivir, caso contrario negaría su propia existencia como ser humano, como cruel esfinge interrogadora, de hecho la pregunta es la que mueve y la respuesta es la que anhela: ¿Cómo debemos vivir? Vale decir que el interés de esta pregunta no es únicamente teórico o abstracto. Nos concierne directamente y de una manera muy personal. Nuestra respuesta a ella se basa directa y exclusivamente en cómo vivimos o, cuando menos, en

cómo nos proponemos vivir. Y, lo que quizá sea aún más importante, afecta a cómo experimentamos nuestras vidas (Frankfurt, 2004).

Independientemente de la importancia que le demos a cada una de las dimensiones humanas para responder a tal interrogante o, a su vez, yuxtaponga o soberanamente se presente a una por sobre otra, conviene recalcar en este punto que serán las situaciones límites las que desbordadamente cuestionen la realidad vital, como se trabajó en el punto anterior.

La pregunta lógica y adecuadamente estructurada en torno al sentido de la vida puede ser definida desde la racionalidad, pero esto no basta para encontrar una respuesta existencial que satisfaga el hambre de sentido que el hombre tiene, atreviéndose a decir que: el hombre siente. En la razón puede surgir el problema, pero es en la realidad vital, en lo concreto de la existencia y en la cotidianidad de la vida que surgen estas interrogantes clamando respuestas. Es la esfinge misma la que se aniquila o vive ante una posible respuesta, el yo no sale ileso de tal travesía y las cuestiones se constituyen en desencadenantes de vidas.

Aunque el hombre se encuentre con posturas en las que jamás halle un sentido, estará frente a otras desde diversas condiciones para establecer un punto de encuentro con el sentido definido, unas pesimistas y otras optimistas, pero al final el hambre por definir un sentido será el punto de partida de cada una de estas posturas:

La pregunta por el sentido de la vida mantiene su vigencia si supone tener en cuenta cuáles son nuestras razones para vivir, y preguntarnos si estamos satisfechos con nuestra vida o si queremos o está en nuestras manos la posibilidad de cambiar de dirección. Saber si vivimos o sobrevivimos parece el más urgente de los asuntos, una cuestión —sin duda— de vida o muerte (Kreimer, 2012, p. 83).

Ahora bien, no conviene quedarse solo en el punto de partida del sentido como tal, sino encaminarse hacia una comprensión de este como dimensión de la condición humana: “sentido es un térmi-

no que se utiliza en múltiples acepciones. Muchas de ellas no parecen tener que ver entre sí, salvo una vaga analogía” (Bueno, 1996, p. 377). Se entiende la palabra “sentido” como aquel nombre absoluto de los órganos sensoriales que permiten relacionarse con el mundo externo e interno: órganos que permiten ejecutar un acto de conocimiento.

Es fundamental comprender los usos en contextos sincategoremáticos en los cuales el término sentido va siempre unido a una determinación especial, a un nombre en el cual la palabra sentido engloba el acto de la palabra que le acompaña enseguida, la palabra “sentido” en este punto no es individual sino que va siempre junto a una palabra que le permitirá en cierto modo definirse a sí misma, es decir, le vincula totalmente al nombre contiguo con el fin de definirlo, pero no se queda solo allí, sino que da paso a la realidad comprensiva de la acción sobre el otro término, es este uso sincategoremático el que se acoge:

Al término sentido en su uso sincategoremático, es decir, como término que solo significa vinculado al ‘de...’ (sentido de un gesto, pero también sentido de un vector) puesto que la fórmula, a la que se acoge la expresión sentido de la vida, tiene esta estructura, cuando la analizamos en una perspectiva ontológica (p. 378).

El primer término en este punto es sentido, que está vinculado a la palabra vida, que no puede ser definido en la de los otros, sino que se encamina hacia una reflexión fundamental del yo, en sí mismo; desde ahí surge la reflexión, donde la vida se puede comprender desde la realidad biológica y natural en la que encuentran su punto de inflexión las realidades anatómicas, químicas, biológicas (Murray, 2009), sociales y simbólicas que hacen posible una categorización como seres de la naturaleza en la cual los seres humanos se desenvuelven y una realidad racional-espiritual donde el hombre, desde su condición de ser racional, adquiere la conciencia de que existe y este existir no solo se circunscribe a la realidad biológica, sino que va hacia una búsqueda de algo más allá, sea este inmanente o trascendente a la realidad humana:

Los dos sustantivos (“sentido” y “vida”) que definen el ámbito del tema propuesto son de difícil delimitación significativa, pues se trata de lexemas de múltiples y complejas referencias. El segundo de ellos, la palabra “vida”, será tomado aquí en la acepción restringida de “vida humana”, y se refiere a la existencia del individuo humano tanto en el estrato biológico como en el psíquico (consciente e inconsciente), considerada diacrónicamente en el proceso que va de la concepción a la muerte, y sincrónicamente en sus relaciones esenciales con los demás hombres y con el mundo no humano (Benzo, 1971, p. 3).

La realidad humana es abarcada en este momento de la comprensión de la vida, pues sentido y vida encuentra en sí mismo una concretización entrelazada en lo que en realidad es el hombre, un ser humano con consciencia que puede identificarse como ser viviente con interrogaciones y anhelos.

Antes de seguir este análisis es pertinente estructurar una distinción entre: “sentido de mi vida” y “sentido de la vida”, los dos son diferentes no solo en su constitución sintáctica, sino que la primera acepción se proyecta hacia una definición en la primera persona, que solo incumbe al yo; solo el yo se cuestiona desde su mismidad por el sentido de su vida y a nadie más le importa la respuesta que encuentre en esa travesía, aunque a veces pueda afectar a los otros, no es posible que los demás le permitan responder al “sentido de mi vida”. Es esta la que surge del retiro y del silencio personal en la que el diálogo mutuo del hombre consigo mismo busca establecer una respuesta.

El segundo conjunto de palabras es “el sentido de la vida”, aunque no se lo pretenda entender así, es un proyecto colectivo que busca establecer un análisis desde mi persona hacia los demás, es decir, un trabajo en conjunto donde, aunque no surja solo de la persona individual, de cierto modo se trabaja para que haya un sistema establecido de sentidos: lo que hace la cultura, la religión, la sociedad, etc., es el hombre inmerso en la relación con los otros el que se pregunta por todo esto. Se puede notar que, al decir de mi vida, me inmiscuyo y me arriesgo, solo en primera persona, no hay nadie más

afectado por la respuesta, mientras que, en la segunda acepción, es la finalidad humana la que se somete a tal travesía, realidad humana que tiene en común las interrogantes individuales, los actos personales de entrega a su yo para cuestionarse.

Entonces, de acuerdo con Horacio Bernardo (2004), queda revisar la concepción de vida desde Aristóteles, donde él plantea a “la vida como aquello por lo cual un ser se nutre, crece y perece por sí mismo. Por otra parte, el DRAE define la vida como fuerza o actividad interna sustancial en la que obra el ser que la posee” (p. 4). El ser que la posee no es solo el hombre sino los demás seres de la naturaleza, pero la realidad humana es racionalizada y consciente en donde el acto de vivir no se reduce solo a un mero movimiento de fuerzas biológicas sino a aquellas que son interiorizadas en el hombre y se encaminan a la acción: “el ser es primeramente la pregunta por la perplejidad de la “existencia” en la existencia empírica, la cual, por el filosofar, impulsa hacia el ser por el camino del pensar” (Jaspers, 1958, p. 28). El ser consciente de sí mismo y de su realidad que se hace preguntas, ¿acaso no es esta la caracterización de lo humano?, ¿acaso no es este el lamento de lo humano y la súplica de nuestra condición?

La vida humana, en lo que tiene de propio y distintivo, no es un signo, no remite a nada diferente de ella misma. Pues tiene riqueza ontológica y axiológica más que suficiente para interesar por sí, y no como cifra de otra realidad. No parece, por tanto, que el concepto de “sentido” en cuanto significado pueda referirse a la vida humana. La vida no significa nada, simplemente, es (Benzo, 1971, p. 6).

Bien puede explicarse en torno al problema de la vida y surgirían muchos tomos en torno a la reflexión de la vida misma como esta realidad que muchas veces escapa a la definición racional de la individualidad o a la emoción para poder definir la vida, muchas veces ni siquiera el mismo término logra ser definido como tal, de ahí que se aceptan diversas posturas en torno al problema de la vida, pues es imposible generar una definición universal para esto; así, es posible adoptar dos posturas en torno al problema de la vida como

también del sentido, las cuales son optimistas y pesimistas, que se constituyen desde las posturas más extremas del hombre, de este modo se presenta la visión optimista de la vida humana:

El optimismo clásico procede de un cruce entre la Biblia y la filosofía griega. El Dios bíblico vio que su creación era buena, y tanto Platón como Aristóteles confirman la bondad primigenia del ser, solo maleada accidentalmente en este mundo. La sustancia de lo real es racional, lo irracional es accidental. El bien triunfa en consecuencia sobre el mal, como el héroe clásico triunfa tradicionalmente sobre el dragón maligno (Ortiz-Osés, 2015, p. 1).

Esta es una definición muy aceptada en la tradición occidental, en la que por influencia de la filosofía griega y posteriormente por el catolicismo, se pretende establecer un sentido optimista del tener que vivir como fruto de un acto de bondad de un ser superior o del ser como tal. La vida es fruto de una dádiva que el ser humano debe cuidar porque en sí misma es bella, independientemente de la realidad que le toque vivir, el imperativo es que la vida es buena por sí misma, desligada de cómo el hombre se posicione ante ella, males, dolores, penas y situaciones límites pueden aquejarlo en estas situaciones, pero al final el sentido teleológico de la vida se constituye en el fundamento de su bondad, el inicio tiene fundamento en un Ser Bueno por excelencia y el fin tiene lo mismo en este Ser, de ahí que en estas posturas siempre triunfará el héroe clásico, tal y como lo presenta el autor.

La otra postura es la del mundo pesimista, que tiene una larga tradición en el mundo occidental, pero al adjetivarlos como fatalistas, pesimistas o realistas, no logran establecerse en el mundo de los comunes, es decir, esta visión tiene un margen teórico más estrecho que el anterior y en la práctica algunas veces no logran establecerse como fundamentos teóricos del vivir. No solo por la forma en que la sociedad lo califica, sino también por la serie de problemas que aquejan al individuo cuando se aferra a una de estas posiciones, sobre todo por el desencantamiento ante sí mismo, que en los últimos

años se han convertido en temas incitadores debido a la novedad propuesta para entender el mundo:

Si el optimismo es un extremo, el pesimismo es el otro extremo que piensa el mundo negativamente como malo. Aquí se junta la gnosis oriental y el pensamiento trágico griego, el pesimismo de Schopenhauer y el existencialismo del absurdo de Sartre, así como el nihilismo que arriba a Cioran. Nos las tenemos con una revisión draconiana de la realidad, según la cual no vence decisivamente el héroe sino el dragón encarnado por la muerte. El héroe vence batallas, pero la guerra es ganada por el dragón. En su insensatez el hombre piensa que se va a tragar el mundo, pero finalmente es tragado por el dragón/tragón (Ortiz-Osés, 2015, p. 474).

En los últimos años existe una corriente muy fuerte que busca comprender a la vida como esta realidad carente de sentido, es decir, una visión pesimista que no encuentra ningún fundamento en la realidad vital y que busca encaminar al ser humano hacia un sentido desde estas visiones volviéndose algo absurdo e innecesario, lo que influye en el modo de vivir:

Las razones [...] para el nihilismo en estos días no apelan al sobrenaturalismo. La idea compartida entre muchos nihilistas contemporáneos es que hay algo inherente a la condición humana que impide que surja el significado, incluso reconociendo que Dios existe (Metz, 2013).

La realidad humana queda sometida a esta comprensión inherente a sí misma como carente de sentido independiente de diversas realidades, el hombre está solo y condenado a vivir una vida carente de sentido, negando toda posibilidad de definir un sentido como tal, entonces los actos de preguntarse carecen de sentido como toda la realidad humana.

Hay intentos por tratar de conciliar estas posiciones, para lograr un equilibrio en la comprensión de la vida como tal, pero el problema es que al surgir de los extremos no lograrán acercarse a este cometido, la una desde lo positivo y la otra desde lo negativo son mundos irreconciliables, en los que la vida desde la subjetividad

queda comprendida y sentida en el hombre mismo. Alejado de posturas, y como dice Unamuno (2009): en el hombre concreto, desde su realidad que vive y se cuestiona, que siente, pero sobre todo es consciente de su vida desde la que lucha para no desaparecer, independientemente de posturas abstractas, sino desde vidas que, comprendiéndose como tales, logran vivir.

Este apartado exige analizar el contexto de la vida humana que se hace preguntas y que responde de manera teleológica a cada una de sus dimensiones, el ser humano es aquí el que vive en constante movimiento; acción y vida van tomadas de la mano para comprender al ser humano que se construye en su cotidianidad, ahora el sentido que se le vincula a esta acción es la que deberá definirse, de ahí la necesidad de un germen filosófico que:

Responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción. Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella. Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma. Y esta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez (Unamuno, 2009, p. 276).

El mundo de la vida que debe encontrar motivo en la realidad existencial concreta del hombre que, cuestionándose desde su conciencia y de la filosofía, se presenta como un ser completo en el que las dimensiones confluyen en una realidad de un hombre unitario, no se trata solo de definir la vida y la filosofía en su acción sino más bien establecer un análisis desde la cotidianidad y la realidad del hombre que se configura en su ser haciéndose en el día a día, la vida como acción cotidiana en las que las posturas teóricas: optimistas y pesimistas pueden influir, pero la cotidianidad es el asidero de las oportunidades de crecer:

La vida cotidiana, la de todos los días, la del ciudadano común y corriente, está dotada del suficiente peso ontológico para ser estudiada como un marco de referencia legítimo para el crecimiento personal y social de cualquier ser humano, ya que por él discurre —de una o de otra manera— la vida de casi todos los hombres. Por sus virtualidades y riqueza, responde al tipo de vida que merece ser vivida en plenitud, porque constituye el ámbito propio en el que fluye nuestra propia vida, la vida diaria, la familiar, la del trabajo cotidiano, la de las relaciones sociales, amistades y lazos solidarios, en donde descubrimos —generalmente— las oportunidades de crecimiento, plenificación, reconocimiento, apertura y ayuda a otros, que todo ser humano en algún sentido desea (Cuéllar, 2009, p. 13).

La condición humana es esta realidad de movimiento individual y social que se construye en la cotidianidad, donde todo ser humano no solo se desenvuelve, sino que se estructura desde su realidad interna y externa, donde caminar hacia un sentido permite establecer que cada una de sus acciones sea fundamentada. El vivir sin un acto racional de lo que está haciendo, avocará al hombre a una vida meramente biológica, en donde ser desde la realidad ontológica solo puede brotar desde la posición de un ser humano con sentido. “La vida cotidiana es el mejor camino donde podemos encontrar nuestra ruta y elegir nuestro destino para realizarnos plenamente y ser felices” (Cuéllar, 2009, p. 14), aquí es cuando el término sentido vinculado a la noción de vida adquiere significado, sentido de la vida como esa realidad real en la que se desenvuelve toda la condición humana, espacio donde las dicotomías del ser humano encuentran asidero, sin negar la una a la otra, sino dándose sentido de ser en la realidad humana.

Escribir sobre el sentido de la vida se constituye en una travesía atrevida en la que el lector pretende recibir una especie de receta o serie de pasos para obtener un producto final, lo cual ningún pensador va a proponer en la abundante literatura en torno al tema propuesto, pues hablar del sentido de la vida, en un primer momento, es un problema del ser humano, por lo que conviene partir, ante todo, de la pregunta a la que tal vez nunca se encuentre una respuesta. Una

pregunta que atormenta a la filosofía y al hombre de carne y hueso, ya que “hay un motivo bastante típico por el que algunos pensadores consideran que, si de algo carece la pregunta sobre el sentido de la vida, es de sentido alguno” (Eagleton, 2007, p. 14). Esto significa que las preguntas que el hombre muchas veces se plantea, quedan en el plano de lo lingüístico-verbal, convirtiéndose más bien en una inquisición del lenguaje “en la que esta pregunta es una de esas preguntas en las que casi todas las palabras resultan problemáticas” (Eagleton, 2007, p. 74), donde resulta mucho más fácil mantener una postura al estilo de Wittgenstein (2003): “La solución del problema de la vida se nota en la desaparición de ese problema” (p. 8), es decir, en las mismas palabras de Wittgenstein, la vida feliz es hacer desaparecer de ella lo problemático, podría ser tan fácil como se lo presenta en el texto pero al momento de la comprensión de la vida, ya que “en otras palabras, de ser posible responder a la pregunta por el sentido, se trataría de una respuesta eminentemente práctica, no teórica. Más apropiado, empero, resulta hablar de disolución” (Fermandois, 2015), lo que en este trabajo no encuentra una fácil disolución del problema planteado al inicio del mismo.

Es permisible pasar de las diversas dimensiones del ser humano a la condición real del hombre desde su comprensión ante esta pregunta que le permite definir el sentido de la vida. Es aquí donde aparece el primer problema, ya que la definición por el sentido evoca un ejercicio racional en el que se pretende encasillar a la vida en una definición, lo que no es posible, pues se estaría dando un salto de la razón a la realidad humana.

Existe una imposición en la manera que se pretende hallar una definición a la vida, donde el pensamiento da un salto desde el plano de la realidad racional a la realidad objetiva sin comprender las diversas dimensiones de lo humano.

Es posible que el enfoque en cualquier tipo de propósito sea demasiado estrecho para descartar la posibilidad lógica de que el significado

no sea inherente a ciertas acciones, experiencias, estados o relaciones que no se hayan adoptado como fines y voluntad (Metz, 2013).

En la historia de la filosofía aparecen diversas posturas para tratar de comprender el sentido de la vida como una definición meramente racional o puramente emocional. Ahora bien, comprender esto en un primer momento puede ser apetecible a la filosofía del lenguaje, pero dista mucho de lo que se postula en este trabajo, ya que la visión de que la filosofía se presenta como forma de vida que pretende convertirse en la acción del hombre concreto que vive, es decir, aquel hombre real, con su condición vital y total, parte de la realidad de la vida misma que condiciona su postura (Groethuysen, 1951).

Definir o comprender el sentido de la vida no puede ser un acto meramente racional en el que el hombre se sienta a pensar en torno a cómo es su vida y qué va a hacer de ella, respuestas que en un acto de coherencia exigen que se viva como tal en la comprensión real, en la acción, en la cotidianidad, ser persona que vive y actúa de acuerdo con un principio vital, una coherencia existencial, de hacer lo que piensa (respuesta) y lo que vive (acción) de ahí que exige una postura para comprender la vida individual y real desde dos perspectivas fundamentales que cita Thomas Nagel (1998):

La misma persona que subjetivamente se compromete en una vida personal con toda la riqueza de sus detalles se encuentra simultáneamente distanciada en otro aspecto; este alejamiento mina su compromiso sin destruirlo, y escinde a la persona. Y el yo objetivo, al advertir que como persona es idéntica al objeto del que se distancia, llega a sentirse atrapado en esta vida particular, lejana pero incapaz de desligarse y arrastrado por una seriedad subjetiva de la cual ni siquiera puede intentar librarse (p. 300).

Entonces, la respuesta como fruto de la razón, como proposición que responde al acto racional de la pregunta, no puede quedarse en ese plano sino que debe encaminarse al acto como tal, la volición y acción van a dar asidero no solo a las relaciones con los otros sino al trato individual y solitario del hombre por sí mismo, este proceso

de definirnos como tal tienen riesgos que deben ser corridos en pro de una existencia auténtica, es decir, el sentido, aunque surge de la individualidad, debe encaminarse a la comprensión de un mundo inter-subjetivo que tiene el mismo fin del mundo individual, el establecer sentido, sin olvidar el uno del otro, simplemente dando paso a un sentido que permita la construcción individual y social.

Como dice Nagel (1998), la vida se presenta como este aspecto objetivo de la condición humana en la que la realidad de mi vida es vista desde un sujeto exterior, es decir, yo que me imagino mirarme desde fuera. Mirando mi condición humana como un objeto al que me acerco desde la realidad objetiva tratando de liberarme en la medida de lo posible de mi subjetividad, para ver al sujeto en análisis, como lo que es; un objeto de comprensión. Entender que soy un ser biológico de una contingencia infinita, en la que mi nacimiento es un accidente, mi existencia también lo es y la muerte en el futuro me permite tener una visión más clara de la vida, caso contrario caeríamos en el sentirnos centro de un mundo que no existe más que en mi subjetividad.

Es una proeza muy difícil de la condición humana insertada en una cultura en la que se propende a la superioridad del ser humano por sobre el mundo, donde la persona asimila esta concepción definiéndose a sí misma como este centro o ser superior al que toda la naturaleza le está a su servicio y uso. La realidad actual no contradice tales afirmaciones pues se ha llegado a un punto de exacerbación de este sentido de superioridad del hombre ante el mundo que ha llevado al caos y la destrucción, naturalizado como normal, de este reino sometido a la potestad del hombre llamado naturaleza.

El reclamo que hace esta concepción objetiva a la vida humana es el imaginarse en la medida de lo posible desde su propia exterioridad como un sujeto inserto en la realidad individual con sus condicionamientos posibles:

La ilusión natural de mi propia inevitabilidad choca con el hecho objetivo de que quien existe y ha existido es radicalmente contingente y que mi propia existencia en particular es una de las cosas más superfluas que hay en el mundo (Nagel, 1998, p. 302).

Entonces se deja de caer en subjetivismos de la propia condición para pasar a una visión más real de mi yo en relación con el mundo. El hombre que se pregunta por su vida, la trata de imaginar desde fuera en esta condición para ver, no solo qué sucede, sino para verse a sí mismo como ha sucedido en medio de este todo. Luego, el hombre ya no es centro, ya no es amo y señor, sino que está inserto en su realidad vital con todas las dimensiones de la misma.

El meollo de la reflexión no es quedarse en esta visión objetiva de la vida, sino también partir de la comprensión de un sentido desde la realidad subjetiva e interna del ser humano, en la que cada una de las comprensiones que se genere le permite al hombre vislumbrarse como lo que es; una realidad única para sí mismo, pues sería imposible alejarse de su subjetividad, es decir, dejar de ser su realidad misma que se pregunta. Esta visión surge desde la relación y la convivencia consigo mismo de la realidad humana en la que me pregunto desde adentro qué sentido tiene mi vida, aquí ya se habla en primera persona mientras que en aquella visión objetiva siempre la tercera persona será la persona verbal que se utiliza. Empatando con el pensamiento unamuniano, aquí se enmarca claramente el yo que no quiere, ni quiere querer morirse, solo quiere esta realidad unitaria.

Interesa comprender que la vida misma se constituye en una interioridad que reclama por un sentido, caso contrario podría quedar en la exacerbación de una de las dimensiones del ser humano y caer en absolutismos sean objetivos o subjetivos, es decir, conviene entender que, aunque estos son ciertos métodos propuestos para comprenderse, no intentan ser una realidad de la vida como tal.

La interrogante por el sentido es un misterio al igual que el hombre mismo, este al que Unamuno (2009) apela, “el hombre, di-

cen, es un animal racional. No sé por qué no se haya dicho que es un animal afectivo o sentimental” (p. 276). Un hombre que, en todas sus dimensiones, en la racionalidad, la afectividad, la unidad pretende establecer un sentido a la individualidad, aunque muchas sean las interpretaciones desde la razón o el afecto, la interrogante real está ahí a la que el hombre buscará responder, no como un sentido recetado, ni uno predeterminado sino más bien uno construido a lo largo de la vida y la realidad. Donde la vida fuera de definiciones reclama acciones para direccionarla hacia la condición del ser humano que se pregunta, pero no como un ejercicio racional, sino más bien como un acto de vida en la que el punto es direccionar los actos desde la realidad concreta, desde aquel hombre que constantemente lucha por mantenerse en su realidad de ser humano de carne y hueso.

A modo de reflexión final

La interrogante sobre el sentido de la vida es lo que ha direccionado este trabajo investigativo: la contradicción. El hombre es la sede fundamental de las contradicciones, las luchas y las dicotomías. El sentido de la vida también se constituye como tal al fundamentar a esta como una contradicción entre razón y emoción, el hombre que anhela racionalmente responderse pero que sufre emotivamente con la respuesta dada. La objetividad y subjetividad también encuentran su punto de choque en la definición del sentido de la vida, pues cada una de estas dimensiones no logran responder ante el anhelo vital. De hecho, la misma palabra sentido es contradictoria pues se presenta como un nombre lleno de objetividad sensorial pero también de intimidad personal. El optimismo y el pesimismo logran fundarse como dicotomías estructurales de la comprensión de la vida, constituyéndose en realidades del acto humano.

El sentido de la vida y la vida misma se constituyen en fundamentos contradictorios que tienen sede en el hombre. La pregunta que surge aquí es: ¿Logra satisfacer la necesidad vital del hombre?, la respuesta estará en el posicionamiento vital entre cada uno de es-

tos contrarios, las vías están propuestas, pero el posicionamiento del hombre no logra encontrar una postura teórica o práctica, sino que la individualidad en si misma se cuestiona y se ubica ante el sentido de la vida, antes que proponerse un sentido como tal. A lo largo de estas reflexiones, más que soluciones, se han visto contradicciones marcadas no solo en el ser humano, sino también en las perspectivas del mismo sentido como una analogía con la agonía y la lucha.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2003.). *Modernidad líquida*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Benzo, M. (1971). *Sobre el sentido de la vida*. BAC.
- Bernardo, H. (2004). ¿Qué es la vida?: un problema epistemológico. *A Parte Rei, Revista de Filosofía*, 33, 2.
- Bueno, G. (1996). *El sentido de la vida*. Pentalfa.
- Cremades, J. (6 de febrero de 2020). Lipovetsky G. Las soluciones vendrán de la inteligencia, no de la moral. *El Cultural*. <https://bit.ly/39dGom6/>
- Cuéllar, H. (2009). Hacia un nuevo humanismo: filosofía de la vida cotidiana. *En-claves del Pensamiento*, 3(5). <https://bit.ly/3wXIW18/>
- Eagleton, T. (2007). *El sentido de la vida*. Paidós.
- Epicuro (2012). *Máximas capitales*. Letras Universales.
- Farfán, M. (2020). *Los desafíos de la educación superior salesiana en el actual contexto de crisis por el COVID-19: Animar, acompañar, recrear*. Dicasterio Pastoral Juvenil.
- Fernandois, E. (2015). Ambigüedad, disolución y latencia: sobre el sentido de la vida. *ISEGORÍA, Revista de Filosofía Moral y Política*, 53, 515-536. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2015.053.04/>
- Frankfurt, H. (2004). *Las razones del amor: el sentido en nuestras vidas*. Paidós.
- Gallego, R. (1999). *Competencias cognoscitivas: un enfoque epistemológico, pedagógico y didáctico*. Cooperativa Editorial Magisterio.
- Gevaert, J. (2013). *El problema del hombre*. Sígueme.
- Groethuysen, B. (1951). *Antropología filosófica*. Losada.
- Jaspers, K. (1949). *La filosofía desde el punto de vista de la existencia*. FCE.
- Jaspers, K. (1958). *Filosofía I*. Ediciones de la Universidad de Puerto Rico.
- Kreimer, R. (2012). *El sentido de la vida*. Anarres.

- Marco Aurelio. (1997). *Meditaciones*. Alianza.
- Margot, J. P. (2007). La felicidad. *Praxis Filosófica*, 25. <https://bit.ly/3iE3qXG/>
- Marías, J. (1949). *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía* (tomo II). Universidad Nacional de Cuyo.
- Marías, J. (1971). *Miguel de Unamuno*. Espasa Calpe.
- Marías, J. (2012). *La persona*. Alianza.
- Marinoff, L. (2000). *Más Platón y menos Prozac*. Ediciones B.
- Metz, T. (2013). The Meaning of Life. En Edward N. Zalta (ed.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. <https://stanford.io/3zpwCIK/>
- Murray, R. K. (2009). *Bioquímica ilustrada*. McGraw-Hill.
- Nagel, T. (1998). *Una visión de ningún lugar*. FCE.
- Nussbaum, M. (2003). *La terapia del deseo*. Paidós.
- Ortiz-Osés, A. (2015). Actitudes ante la vida. *THÉMATA, Revista de Filosofía*, 51, 473-480. <https://bit.ly/2TyNtcQ/>
- Román-López, M. T. (2012). Reflexiones sobre el silencio y el lenguaje a la luz de oriente y occidente. *Daimon, Revista Internacional de Filosofía*, (56), 53-65. <https://bit.ly/2UBqcY9/>
- Unamuno, M. (2009). *Del sentimiento trágico de la vida*. Fundación Antonio de Castro.
- UNESCO. (2011). *La filosofía: una escuela de libertad*. Universidad Autónoma Metropolitana de Iztapalapa.
- Wittgenstein, L. (2003). *Tractatus lógico-philosophicus*. Alianza.



En el contexto de las “vidas líquidas” del mundo contemporáneo y con la coyuntura del aislamiento social por la pandemia de COVID-19, los catorce artículos de este volumen pretenden reflexionar sobre el sentido de la vida, desde perspectivas teológicas, filosóficas, artísticas o pedagógicas, pero siempre con la comunidad como un horizonte de llegada.

Desde la encíclica del Papa Francisco, *Fratelli Tutti* y la pedagogía del amor en Don Bosco, hasta el humanismo de José Martí y el *Epimeleia Heautou* de Foucault, pasando por figuras como Ignacio Ellacuría y Estanislao Zuleta, todos los conceptos y autores tratados en estos textos realizan una mirada crítica a las perspectivas individualistas de la vida, que pretenden darle sentido desde el disfrute egoísta y el aislamiento. Así, cada artículo nos interpela a buscar la mejor forma de habitar el mundo con los otros y entonces preguntarnos por el sentido de nuestras vidas.



ISBN: 978-9978-10-611-2



9 789978 106112

